

pían mis conversaciones espirituales. Su respiración pausada no me inquietaba, se fundía con el silencio como el rumor del mar en la atmósfera tibia de los puertos. Mi felicidad era infinita. Aquella hora de la madrugada me permitía, al mismo tiempo que ilustrarme, experimentar sobre los más recónditos misterios del alma. Pero hay espíritus malos, espíritus vulgares a los que yo había desechado constantemente de mi compañía. Esos espíritus eran mis más terribles enemigos porque yo no los admitía en nuestros cónclaves. Y procuraron vengarse de mí. Se empeñaron en interrumpir mis coloquios con los espíritus superiores. Y verá usted la forma ingeniosa en que lo lograron. Verdaderamente ingeniosa, señor Fiscal.

Se volvió hacia mí como pidiendo toda mi atención para el final de su historia.

—¿Qué cree usted que hicieron estos espíritus malignos y chocarreros? Pues, señor Fiscal, entraron, se instalaron en el cuerpo de mi mujer. En un principio no hicieron más que inspirarle desprecio por todas mis elucubraciones. Se reía de mis confidencias: “¿Con quién conversaste esta madrugada?” — me preguntaba a la hora del desayuno. “No me vayas a decir que con Napoleón.” “No tiene Napoleón nada interesante que decirme —le explicaba yo—. Esta madrugada hablé con Santo Tomás de Aquino.” Y ella, con infinita falta de respeto, soltada una carcajada y me decía: “Oye Ruperto, no te me vayas a hacer más santurrón de lo que eres.” Todo esto lo podía perdonar porque mi mujer era un alma sencilla dominada por los espíritus chocarreros. Pero cuando la intervención de estos espíritus llegó a perturbar mis coloquios y meditaciones entonces me preocupé hondamente. Los espíritus malignos empezaron a hablar por la boca de mi mujer dormida, y escogían exactamente ese momento precioso en que yo celebraba mis entrevistas con los espíritus superiores. En medio de la noche tranquila y de la oscuridad amable se oía repetidas veces:

—“Cornudo... cornudo... cornudo...”

—Y después pronunciaba el nombre de alguno de mis amigos. En ocasiones hasta se oía el murmullo de un beso que no alcanza a darse. Esperé unas cuantas semanas a que ese juego desapareciera, pero en lugar de desaparecer se agravaba. En la sombra, a una hora determinada, justamente en tiempo para interrumpir mis coloquios, con una diabólica precisión cronométrica, la voz repetía lentamente, con manifiesto deseo de ofender.

—“Cornudo... cornudo... cornudo...”

—El cargo no me preocupaba, porque yo sabía que era falso. Los nombres de mis amigos que pronunciaba mi mujer no lograban hacerme perder la confianza de su amistad. Lo que me irritaba sobre todas las cosas era la interrupción de mis coloquios con los espíritus superiores. Eso sí no estaba dispuesto de ningún modo a tolerarlo.

Esta última frase la pronunció con una energía que no se le había visto durante el proceso y de la que yo no lo hubiera creído capaz.

—Usted comprende, señor Fiscal, el golpe que le dan a un hombre culto y de espíritu refinado si lo alejan de la compañía —de la compañía directa y personal— de Platón, Dante, Descartes, Pascal, Krishnamurti, Rabindranath Tagore y Ouspenski. ¿Qué puede hacer un hombre en tales circunstancias? El problema era grave porque aquellos espíritus malignos estaban atrincherados en el cuerpo de mi mujer. Peligraba, no sólo mi felicidad, sino mis estudios e investigaciones sobre el alma. ¿Cómo remover ese obstáculo? Consulté a los espíritus que podían tener interés en el problema. Benvenuto Cellini me contó algunas aventuras que no figuran en su biografía, y Tomás de Quincey, con una deferencia que le agradezco, me leyó unas páginas inéditas de su libro *El asesinato considerado como una de las bellas artes*. Y quedé

convencido, señor Fiscal, de que a pesar de que no está mal que el asesinato tenga perfiles estéticos, sólo hay que cometerlo por razones de extrema gravedad. Había que destruir la trinchera de los espíritus malignos para salvar mi felicidad, para salvar el porvenir de la ciencia del alma. Me compré en la tienda de un anticuario una daga italiana, un fino estilete. Y una madrugada, hace justamente quince días, me desperté dispuesto a todo. Inmediatamente oí la voz pausada, subrayando la palabra ofensiva:

—“Cornudo... cornudo... cornudo...”

—Me acerqué a mi mujer que dormía tranquilamente. Puse la oreja en su pecho para ver si podía localizar el lugar desde donde hablaba el espíritu maligno que había entrado en ella.

En ese momento se transfiguró Ruperto Revueltas. No estaba contando una historia sino representándola. Con gran cuidado hizo los movimientos que indicaban sus palabras. Hablaba casi en secreto, modulando su voz misteriosamente.

—Puse mi oído sobre su corazón. Se oía su palpar acompasado, por debajo de cada latido había un rumor casi imperceptible. Yo sabía que ese débil rumor era la risa del espíritu maligno. Los espíritus malignos rien disfrazando su risa con las palpitations del corazón. Esperé a oír de nuevo la risita burlona y entonces lo atravesé con mi estilete. Se oyó el rugido del espíritu herido.

Descansó de su relato. Adquirió de nuevo su serenidad acostumbrada y con voz tranquila argumentó:

—Y ahora que he removido el obstáculo de mis meditaciones ¿es justo que el Estado me persiga, que quiera degradarme a mí y ofender a mis consejeros ultraterrenos, y que, en lugar de un gran laboratorio y abundante material humano de experimentación, quiere darme una celda en un manicomio? ¿Es justo, señor Fiscal?

Moví la cabeza negativamente.

- Un importante asunto de crímenes rituales acaba de ser descubierto en Gona, en África Occidental francesa. Después de un largo interrogatorio, el brujo del pueblo ha aceptado haber sacrificado a once niños durante los últimos años. Estos niños eran degollados al principio de cada época de lluvias al pie del fetiche del pueblo para obtener buenas cosechas y prevenir las enfermedades.

- La Unesco ha organizado una exposición Leonardo De Vinci, en el castillo Clos-luce donde murió.

- Más de 10,000 “Testigos de Jehová” se han reunido en París asegurando la proximidad ya irremediable del reino de Dios.

- Ha sido descubierto uno de los más viejos altares europeos, cerca de la frontera franco-italiana, en la pequeña iglesia de Limans; data del siglo VII.

- George Orwell ha sido objeto de un libro que lleva su nombre y del que es autor el inglés John Atkins, quien en los capítulos finales de su libro llega a la conclusión de que el discutido escritor inglés era “una especie de dieciochesco iconoclasta de izquierda”.

- En noviembre hubo un gran festival dramático en Viena, en ocasión de la reapertura del Burg Theater y de la Opera de Viena, que durante la guerra quedaron arruinados,

- *Port-Royal*, obra del dramaturgo francés Henry de Montherlant, ha sido traducida al alemán y en este mes se representaría en el Gran Teatro de Colonia.

- Ha aparecido un interesante estudio sobre Alfredo de Vigny, su autor es Henri Guillemin.

- Lucien Goldman ha publicado un estudio sobre la “visión trágica” en los pensamientos de Pascal y en el teatro de Racine; el estudio se

llama *Le Dieu caché* (El Dios escondido) y ha suscitado ya varias polémicas, a pesar de que se publicó apenas en el mes de noviembre.

- Alejo Carpentier, poeta y escritor cubano, figura ya entre los escritores hispanoamericanos que más recientemente han visto obras suyas traducidas al francés. En la colección “La Croix du Sud” se ha publicado su novela *Le Partage des Eaux*.

- También traducido al francés ha aparecido el primer volumen del teatro de Federico García Lorca.

- *Cortés y Moctezuma* es el título de una reciente obra de Maurice Collis, publicada por Harcourt, E. U. A.; el interés del trabajo radica en que el autor trata de mostrar que Moctezuma, pese a una indecisión que paralizaba sus actos, es el más grande, el más estimable y hasta el más valiente de los dos personajes.

